

Las voces de la Barcelona chismosa

Relectura de Joan Oliver

SIEMPRE que ha venido a cuento, e incluso cuando no, he manifestado mi respetuosa admiración por la obra literaria de Joan Oliver. También he intentado, en ocasiones, insinuar un esbozo de «interpretación» de su poesía, de su teatro, de su trabajo de articulista o de narrador; pero no estoy muy seguro de haber dicho todo lo que convenía ni, desde luego, todo lo que pensaba. Es igual, esto último. Al fin y al cabo, no le faltarán mejores exegetas: más doctos o más agudos. En cualquier caso, lo que aquí pretendo, con unas pocas líneas precipitadas, es repetir mi confesión del principio. Acabo de releer el denso volumen de su «Teatre Original», de reciente salida a librerías, y he vuelto a repasar el tomo de sus versos —el «Pere Quart» glorioso—, cuya segunda edición es asimismo actual. ¿Será una banalidad —o una tontería— decir que estas lecturas «sistemáticas», facilitadas por el hecho físico de un grueso taco de papel titulado «Obres Completes» o algo parecido, ayudan singularmente a reforzar opiniones y a completar placeres intelectuales, en cuanto a un autor? Así ocurre, en efecto. Es poco lo que en estos libros se contiene, que yo no conociese de antes. Pero vale la pena la experiencia de «releer», entero y sin interrupción, a Joan Oliver.

Personalmente, me lo he pasado en grande. Oliver, para empezar, es un gran escritor; y no haré comparaciones a base de sí «más» o «menos» que otros: un gran escritor, sin duda. Con otra perspectiva que darán los años, su sitio en la historia de la literatura catalana del siglo XX quedará confirmado en una primera fila indiscutible. No es que a mí me entusiasme demasiado esa inclinación de los críticos a establecer «jerarquías de valores» casi como si se tratase de una «clasificación general» de carrera ciclista. Sin embargo, la tal «jerarquía» se impone a la larga, a través de un consenso de lectores cualificados —críticos o no—, y no es necesario emitir augurios arriesgados respecto a la «colocación» de Joan Oliver. Ha habido momentos, últimamente, en que, dentro del área de forcejeos de la cultura —o «cultureta»— barcelonesa, se sucedieron modas de apasionamiento y desapasionamiento bastante comprensibles, quizás, aunque absurdas. Del «ribismo» de la inmediata postguerra nadie quiere acordarse ya: el apogeo de Salvador Espriu, tan merecido, ha sufrido un bajón ignominioso; Foix, marginado, ha tenido una fugaz actualidad tardía; Brossa y Bartra, y Vinyoli, han sido redescubiertos también tarde, y además, mal. Pere Quart...

Lo que me sorprendió, en la etapa en que le «promovieron» a un proscenio casi popular, fue la contradicción que la manio-

bra implicaba. Y no porque Oliver, o Pere Quart concretamente, no fuese un poeta de posible proyección mayoritaria, cosa que no me atrevo a juzgar. Pero era evidente que Oliver no era el «revolucionario» que querían que fuese. Oliver era y es algo más y algo menos que un «revolucionario», como poeta. Tiene en su haber unos cuantos poemas de arenga: «poesía de circunstancias». Como toda poesía, diría él. Con todo, el Pere Quart «constante» tenía otro estilo: a ratos un lirismo patético, intimista, dentro de la más rigurosa estética post-simbolista, o sencillamente simbolista, y a ratos, sobre todo, la violencia reprimida de la causticidad, del sarcasmo, de la ironía delicada. Es, con Salvador Espriu —prosista— y con Joan Brossa —poeta (me refiero a una parte de los poemas de Brossa)— puro vitriolo. Aunque, eso sí, «amb modos», como habría dicho Rusiñol, y el castellanismo, garboso y callejero, debería ser admitido por el doctor Aramon... La poesía —como el teatro y lo demás— de Joan Oliver es de lo más «civilizado» que se ha producido entre nosotros. Sólo que con mala intención.

Mi afecto por los versos y las prosas de Oliver tal vez se explique —a otro nivel, claro está— por esa sabiduría en administrar una «mala uva» necesaria, un poco dinamitera, corrosiva. A menudo, la carga de acusación o de caricatura se limita a un adjetivo espléndidamente escogido, a un giro verbal imprevisto, a una parodia. Coincide con mis propensiones instintivas. Yo soy, lo sé y lo proclamo, un escritor rural, y me excedo con palabrotas o con chapucerías retóricas. Y, además, me encanta su voltaireanismo. Es una manera de decirlo. Últimamente, en la Barcelona chismosa y boba de los escritores corrió la voz que Oliver se había «convertido»: o sea, «cumplía en parroquia», con todos los sacramentos a su alcance. Cada cual hace de su capa un sayo, y esa morbosa curiosidad hacia el prójimo, particularmente contrada en su hipogastrio y en la salvación de su alma, me parece decididamente fea. Es obvio que el trasero y las creencias influyen en la obra de un literato; y el estómago, y la familia, y la clase social, y hasta una apendicitis infantil bien operada. Y la meningitis general. Pero hay que ser «discreto» al administrar estos datos. En el episodio de Joan Oliver, los rumores se limitan a sus íntimas —id est: privadas— relaciones con la Santísima Trinidad...

Yo, metido en el ajo, sugeriría que no ha habido ninguna «conversión». Oliver, en el fondo, nunca dejó de ser «cristiano». En el fondo, su poesía y su prosa, en buena parte, fueron

«revulsivas», no porque Oliver se hubiese declarado más o menos «socialista». Hoy —y calco un delicado verso de Rubén Darío—, ¿quién que es no es socialista? Porque hay socialismos para todos los gustos, y en definitiva, es preferible dejarlo estar. En cambio, en el presunto aire «voltaireano» de ciertos escritos de Oliver, sólo había un cristiano disconforme. Como incluso ocurría con el propio Voltaire. Aranguren, en uno de sus primeros libros —quizá el único serio que ha publicado este señor—, definía a Voltaire como un «mal católico» y a Rousseau como un «mal protestante»: pero católico era Voltaire y protestante Rousseau. «Cristiano» fue siempre Joan Oliver, y si alguien creyó otra cosa tomaba el rábano por las hojas. La acidez literaria de Joan Oliver procedía de un contraste moral muy explícito, que no tenía nada de «marxista», por ejemplo, o casi nada. El recorte que ha infligido a «Alló que tal vegada s'esdevingué», porque parecía una broma sobre el Espíritu Santo, era innecesario. Los curas postconciliares —y los preconiciares— se han ocupado poco del Paràclito. Antaño cantaban de vez en cuando el «Vení Creator»; ahora, ni eso. A efectos prácticos, no importa. Pero es todo un síntoma.

Ese Joan Oliver confusamente «cristiano», y escasamente clerical, pudo parecer «voltaireano». ¿Lo era? Lo fue, modestamente, con una premonición «preconiliar». «Alló que tal vegada s'esdevingué» pudo parecer irreverente cuando Oliver lo escribió: hoy encontraría el «nihil obstat» de los clérigos más distinguidos del país. Llimona y Dalmau, Xirinaos y Ballarín, y hasta el cardenal Jubany y los restantes Ordinarios se abstendrían del anatema curialesco. Siempre quedará un mosén trabucaire para incordiar. No olvidemos que el clero local es el del doctor Torres, el de Sardà i Salvany, el del director espiritual de la madre Ràfols. No todo el monte es orégano... Ahora, al recapitular la lectura de Joan Oliver, yo no diría que los únicos «poetas cristianos» de Cataluña sean Verdagué o López-Picó. Verdagué, a pesar de sus jaculatorias («Tot sia per vos... Jesuset dolcíssim...») era más «místico» que «cristiano», y López-Picó, como Carner y Riba, y «tutti quanti», se cenían a tocar el flabiol teológico-formulario. Pere Quart sabía ira de los evangelios: ira o bilis. Y ése es su problema. Y por eso fue o funcionó como «poeta de protesta». Aparte de que, insisto, es un gran poeta: un brillante manipulador del idioma. De ser budista, como lo son la mayoría de los poetas de las últimas hornadas, todavía sería un gran poeta.

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

UNA EXPLICACION DEL CARLISMO

Señor Director:

No hay otra filosofía que como a la Carlista se le pida tanto y tan a menudo; por un lado la autocensura pública por los supuestos errores cometidos el año 36 y por el otro que se la quiera denigrar tanto y tan a menudo por parte de discrepantes, de disidentes, o de simples traidores. Ni tampoco por otra parte; toda hay que decirlo; que sea tan valorada por oponentes de calidad y por el hombre qualunque. Quizá resida este hecho en que el Carlismo es y ha sido por espacio de 150 años una fuerza latente, apta para hacerse con la mayoría, siempre y en cualquier momento.

Nadie ha preguntado a ningún partido de izquierda o socialista o comunista o anarco, por ejemplo, su grado de responsabilidad o participación en las matanzas y torturas de Montcada o de San Elias o de la Rabassada o Ganduxer o Montjuich; como bien a menudo se nos pregunta a los carlistas, el porqué de nuestro contubernio con el fascismo.

Bien; yo, en la prensa, en la radio, y de vos a vos, lo he aclarado más de una vez y si es necesario puedo volver a explicarlo siempre, aunque encuentro, como ya nos dice el Evangelio, que si se mira hacia atrás hay peligro de arar torcido. Por esto es preciso apoyarse en la tradición, la buena, como es obvio; porque de tradiciones hay de muchas clases y antagonicas; y en el presente, pero mirando hacia el futuro; amistiándonos mutuamente el pasado, como dice el refranero castellano, «agua pasada no mueve molino».

Referente al otro hecho en que también el Carlismo y sus comunidades o partidos son escarnecidos de una manera más o menos persistente y malintencionada, como con ningún otro se hace, por partidarios que se equivocaron de puerta e incapaces de ofrecer ni de luchar por algo mejor y se limitan desde la barrera, prudentemente sentados y bien instalados, a decir que ellos son los puros y que los que durante tantos años han arriesgado su economía y su vida no son más que una «apariencia». O bien dando consejos que nadie ha pedido, sin demasado pudor intentan afrentar la familia política de la que se han divorciado, cosa que, al fin, es denigrarse ellos mismos. También hay quien, no sé si cobrando o de manera gratuita, en momentos como los actuales en que a todos los valores constructivos de paz, de concordia, de democracia auténtica, hay que darles el máximo impulso y el voto de confianza por motivos bien obvios; por que el contrincante nos respeta, por la precariedad de la situación, por el difícil futuro y porque es indispensable la sincera coalición, la promoción de la buena fama mutua, los pactos, la amnistía. En vez de esto se dedican a hacer historia libelista, como si no fuese ya bastante sabido que el pasado está lleno de errores y limitaciones y que nadie puede lanzar la primera piedra, porque quizá se tenga el tejado más lleno de grietas en zig-zag que nadie.

Mi bolígrafo ha ido escribiendo en virtud de un artículo titulado «Los zig-zag del Carlismo». No es el caso preguntar ahora el porqué del Montejurra 76, la no legalización del Carlismo cuando las elecciones, o ahora este artículo, ni tampoco ir desmintiendo todas las gratitudes de dicho artículo; pero sí que quizás hay que hacer constar que el Carlismo no tiene más camarillas ni más grupúsculos que cualquier otra entidad, o quizá menos. Pero hay, eso sí, y es su metafísica filosófica, una gran voluntad de que la persona sea tan protagonista como la comunidad en el quehacer político y en el quehacer social, cosa que comporta si se hace con sinceridad, que desde fuera, por ejemplo en el siglo pasado, nos calificasen de «anarquistas blancos», pero que en realidad no es otra cosa que el reflejo de las permanentes humanas: necesidad de independencia a la vez necesidad de asociación. Y esto el Carlismo no solamente lo respeta, sino que lo promueve y lo contabiliza como a cosa propia; que otra cosa sino significan los conceptos «Fueros», «Confederación», «Autogestión», «Pacto», «Pase Foral», etcétera. Por esto hace sonreír que alguien diga a estas alturas que el Carlismo inesperadamente ha optado por el federalismo y el socialismo. El Carlismo, de siempre, aparte de sus momentos de parcial desfiguración y apropiación por parte del Establecimiento, ha sido siempre social o socialista y federal o confederal, y ha tenido que estar hasta el presente siempre en la oposición, haciéndose eco de las posturas vitales de los pueblos que no quieren morir, ni ser privados de sus creencias; ni ver sus derechos y deberes escamoteados y manipulados indignamente.

En lo que al parecer el autor tiene más interés, pues lo deja para el final, es en decirnos a los carlistas que si queremos tener futuro hemos de andar hacia atrás, hacia el integrista, como los cancheros; por el museo lleno de viejos tambores y trabucos y cruces lefebristas. No con espíritu carlista confederal, ni apoyándonos en los valores de la tierra como un Bach de Roda, como un Vayreda, como un Callà como nuestro presidente Badía, sino en un Tradicionalismo centralista sin propiamente ideología; como un Rodezno o como otros que no es preciso nombrar, sin filosofía política ni el más leve sentido comunitario.

Una visión social o socialista, confederal, subsidiaria, humana, sin dictadura estatal ni de derechas ni de izquierdas; he aquí lo que hay que aconsejar a carlistas y a no carlistas; he aquí hacia donde va Europa y todo el mundo, abandonando, aunque no sin traumas, los tradicionales tabús demasiado gastados ya del «laissez faire» y del patrón dinero por encima de patrón persona, con sus seguidores, algunos partidos históricos, más atentos a su narcisismo que al servicio de su comunidad.

En fin, si Quevedo, que además de dejar a los catalanes verdes por la gesta de los «Segadors», ahora resulta que además nos descalifica como carlistas, más que una ofensa es un elogio. Nosotros no queremos nada del Conde Duque y menos las opiniones de su poeta más

centralista. Esto aparte, en las elecciones nosotros éramos «ilegales» y no pudimos, gracias a Dios, demostrar nada a no ser que estorbáramos. En cuanto al socialismo, con carlismo o sin él: quiero decir, más o menos humano; hacia allá va el mundo y Europa y España y Cataluña, es obvio decirlo. Nuestro socialismo contempla la promoción, por ejemplo, de la «página»; de la iniciativa privada en general, de la pequeña y mediana empresa, pero se está terminando el que las personas sean regidas sólo por el más despabilado o el más poderoso. Nuestro socialismo significa solidaridad del sabio con el que no lo es, del poderoso con el que no lo es; no obtusamente el dinero por el dinero, sino el dinero en función de la persona; el que posee, trabajando tanto para sí mismo como para el que carece, no hablando ni deseando más los derechos que los deberes.

Y en cuanto a las «apariencias», en Cataluña hay un gran vacío, o espacio de gente muy mayoritario, que no es ni se siente ni comunista histórico ni socialista histórico ni de izquierdas ni menos de derechas. Esta multitud espera hoy, igual que hace 150 años, como siempre, a que los carlistas emprendan su rol político como la única reparación de punyents injusticias i desastrosos errors politics» (.)

UN CARLISTA

La calle y su mundo

Futbolistas niños

Se solicitan jugadores juveniles con clase. (La publicidad.)

Incidiendo sobre el fenómeno fútbol, me remiten un anuncio, inserto en un diario local, en el que se requieren jugadores para un club de grandes aspiraciones. Los muchachos deben oscilar entre los trece y los quince años, alcanzar, por lo menos, el metro sesenta de estatura y mostrar una cierta clase. Si un equipier carece de clase a esa edad, ya no la tendrá nunca y no pasará de un trotón rompedor y resuelto. El anuncio en cuestión rememora los negocios en ultramar de compra-venta de ases sudamericanos, realizados con abundante publicidad, materia inédita hasta ahora en este país. Debe ser la influencia de los falsos y verdaderos oriundos y de los que adquieren la nacionalidad española, casándose con cualquier fémina, al objeto de fichar por los clubs poderosos y punteros, y a falta de otra cosa, por los colistas y pobretes, que no abonan ni las mensualidades ni las primas.

Se ve que los futbolistas, pese a no estar sometidos a la legislación laboral —de ahí que puedan retenerse— reviven si bien se mira meros productores y hay quien los reclama para un equipo, del mismo modo que el maestro de obras solicita manobras y encofradores, el transportista chéferas y mecánicos, y el capitán mercante pañoleros o marmitones. ¿Se abren las covachuelas balompédicas? Hasta nuestros días los fichajes solían llevarse en riguroso secreto y según se tratase de sociedades de más o menos rango había tratantes de ganado futbolero de superior jerarquía, como los ameritados Guíjarro y Osés, y otros de poca monta, como el finado Ángel Rodríguez (a) el Feo, y ya en tono menor los trapisondistas que aproviaban de elementos de deshecho a conjuntos de Tercera División, regionales e incluso infantiles. El Feo tenía su oficina en un castizo bar de Madrid y a él acudían los centrocampistas y arietes en paro:

—Te mandaré a Ubeda, la ciudad de los cerros, con un contrato por un año —le decía a una vieja gloria del deporte astur, derrotado y triste.

—En Badajoz no te quieren —le replicaba a un grandullón acabado—. Echale tierra a Badajoz y sus gitanas. Estás allí más visto que el tebeo. Veré de colarte en el Socuellamos, tierra de buen vino, que es lo que te va. Pásate por aquí dentro de una semana.

Se cubre con un leve tono de misterio la solicitud pública de jugadores noveles y de cierta clase para ingresar en las filas de un equipo con aspiraciones. ¿Será el Barcelona, el que apela a estos fichajes prematuros, con intención de ir forjando sus atletas desde edad temprana? ¿Será el Español, que torna a la cantera, tras sus fracasos con toda suerte de oriundos? Puede que sea el Cosmos, de Nueva York, a la caza de juveniles, después de la retirada de Pelé y otras que ya se barruntan. En fin, lo que sea, sonará. Yo iba a llamar al teléfono pidiendo datos, haciéndome pasar por el padre de un jugador de trece años, pero decidí dejarlo. A última hora, el fútbol y los futbolistas me interesan muy poco. Sin embargo estoy intrigado. — ERO.



NO SE ENTERE EL ULTIMO Y PARTICIPE COMO EL PRIMERO

Si no está adherido, solicite información o envíe este cupón a

Club de Vanguardia

Caspe, 28, pral. telf. 317 90 20

Nombre _____

Apellidos _____

Dirección _____

Ciudad _____

Teléfono _____

reforme su **COCINA** a su comodidad. **o BAÑO** muebles y elementos a medida, o si lo desea. **PINTE • EMPAPELE**

PLAZOS a su comodidad. * Presupuestos gratis. * Máxima rapidez y garantía.

253 29 71

S.A. MUDANZAS

UNA EMPRESA A SU SERVICIO

CONSULTENOS

Aragón, 272 telf. 216 0075

Exclusivas de «La Vanguardia»

Todos los artículos que se publican en las páginas de «Tribuna» son exclusivas de LA VANGUARDIA y no pueden reproducirse totalmente sin permiso o acuerdo previo.

Si la reproducción es parcial debe citarse ineludiblemente la procedencia.